



F S S P X

Semanas del 14 de Febrero al 28 de Febrero de 2021

	N.º S.ª de Guadalupe	Mínimas	
Domingo 14	DOMINGO DE QUINCAGESIMA 2ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa solemne.	08:00 Misa Rezada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 15	DE LA FERIA 4ª Clase San austino y Jovita Mrs.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 16	DE LA FERIA 4ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Miércoles 17	MIERCOLES DE CENIZAS 1ª Clase Ayuno y abstinencia de precepto	07:15 Imposicion de cenizas y Misa Rezada 18:00 pm: Misa en Instituto	07:30 Misa Rezada
Jueves 18	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase S. Simeon ob. Mar.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Viernes 19	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Sábado 20	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	9:30 peregrinacion de desagravio 12:30 pm Misa de requiem.	07:30 Misa Rezada
Domingo 21	1º DOMINGO DE CUARESMA 2ª Clase	Consultar por misas en el Priorato 7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada	08:00 Misa Rezada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 22	CATEDRA DE SAN PEDRO APÓSTOL 2ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 23	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Miércoles 24	SAN MATIAS APOSTOL 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Jueves 25	FERIA DE CUARESMA	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Viernes 26	TEMPORAS DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Sábado 27	TEMPORAS DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Domingo 28	IIº DOMINGO DE CUARESMA 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada. Consultar por misas en el Priorato	08:00 Misa Rezada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto

Capilla Nuestra Señora de Guadalupe
Miguel Schultz 91
Col. San Rafael
06470 México, CDMX
Contacto: Tel. 55.55.47.43.24
www.fssp.mx

Convento de las Madres Mínimas
Xochiquetzal 249
Col. Santa Isabel Tola
07010 México, CDMX
Contacto: Tel. 55.55.77.29.01
www.minimasfranciscanas.org



Priorato Nuestra Señora de Guadalupe

Nº 598 - 2021

Tiempo de Cuaresma:

“Si no hacéis penitencia, todos pereceréis”.

Se da el nombre de *Cuaresma* al periodo de oración y penitencia durante el cual la Iglesia prepara a las almas para celebrar el misterio de nuestra Redención. Nuestra Madre, la Iglesia, nos propone este tiempo litúrgico como retiro anual para dejar de lado todos los descuidos y faltas de otros tiempos y encender así en nuestras almas la llama de un celo generoso. Nos pone de manifiesto la gravedad del pecado y dispone nuestro corazón al arrepentimiento y a los buenos propósitos, y nos promete el perdón de parte del Corazón de Dios.



cuarenta días y cuarenta noches cuando Dios se arrepintió de haber creado al hombre y sumergió bajo las olas al género humano en aquel Diluvio, a excepción de una familia. O considerar al pueblo hebreo errante cuarenta años en el desierto, en castigo de su ingratitud antes los cuidados y dones para con ellos de parte del buen Dios.

Recordando estos hechos comprenderemos mejor por qué el Hijo de Dios, encarnado para la salvación del hombre, sometiendo su carne a los

El número cuarenta

En el periodo de Septuagésima hallamos el número septuagenario que recuerda los setenta años de la cautividad de Babilonia, tras los cuales, el pueblo de Dios, purificado de su idolatría, debía ver de nuevo la ciudad de Jerusalén para celebrar allí la Pascua. Ahora la Iglesia nos propone el número cuarenta que, como afirma San Jerónimo, es propio siempre de tiempos de pena y aflicción. Basta recordar la lluvia de

rigores del ayuno, quiso escoger el número de cuarenta días para este solemne acto. Se nos presenta así la institución de la Cuaresma con toda su severidad majestuosa, como medio eficaz para aplacar la cólera de Dios y purificar nuestras almas.

Para lograr la regeneración que nos hará dignos de recobrar las alegrías santas del *Alleluia*, es necesario triunfar sobre nuestros tres enemigos: demonio, carne y mundo. Unidos al Redentor que, en la montaña, lucha contra la triple tentación y contra el



mismo Satanás, es necesario estar armados y velar sin tregua. Para sostenernos con la esperanza de la victoria y alentar nuestra confianza en el divino amparo, la Iglesia nos recuerda la protección que el buen Dios extiende sobre nosotros *“como escudo”*; que esperemos *“la sombra de sus alas”*; que en Él confiemos, porque nos apartará de los *“lazos del cazador infernal”*, que nos roba la santa libertad de los hijos; que estemos seguros de la protección de los santos ángeles, a quienes Nuestro Señor *“ha ordenado nos guarde en estos nuestros caminos”*; ellos, testigos respetuosos del combate que el Salvador soportó contra Satanás, se le acercaron después de la victoria para servirle y para honrarle.

Pedagogía de la Iglesia

La Iglesia nos ofrece tres grandes espectáculos que van a desarrollarse hasta la fiesta de Pascua, y que producen en nosotros emociones piadosas unidas a una instrucción solidísima:

1) Vamos a presenciar el desenlace de la conspiración de los judíos contra el Redentor; conspiración que empieza a tramarse y estallará el Viernes Santo, cuando veamos al Hijo de Dios alzado en el árbol de la Cruz.

2) Recordando que la Pascua es para los Catecúmenos el día del nuevo nacimiento, volará nuestro pensamiento a aquellos primeros siglos del cristianismo en que la Cuaresma era para los aspirantes al Bautismo la última preparación. Daremos gracias al buen Dios que se dignó hacernos nacer en tiempos en que los niños no necesitan aguardar a la edad madura para experimentar las divinas misericordias.

3) Debemos pensar en aquellos penitentes públicos que, expulsados solemnemente de la asamblea de los fieles el miércoles de Ceniza, eran en el transcurso de la Cuaresma objeto de la preocupación maternal de la Iglesia, que debía, si lo merecían, admitirlos a la reconciliación el Jueves Santo. Nos acordaremos entonces con qué facilidad nos han sido perdonadas maldades que, en siglos pasados, no lo eran sino tras duras y solemnes expiaciones... Y, así, sentiremos más vivamente la necesidad de ofrecer al buen Dios el sacrificio de un corazón verdaderamente contrito, y de avivar con un sincero espíritu penitente las insignificantes satisfacciones que ofrecemos a la Majestad divina.

Después de emplear tres semanas en reconocer las dolencias de nuestra alma y sondear las heridas que el pecado nos ha causado, debemos sentirnos preparados para hacer penitencia. La ceniza ha sido derramada en nuestras frentes y nuestro orgullo se ha humillado ante la sentencia de muerte que ha de cumplirse en nosotros. En el curso de esta prueba de cuarenta días, tan largo para nuestra flaqueza, no nos abandonará la presencia de nuestro divino Salvador. Parecía haberse sustraído a nuestras miradas durante estas semanas pasadas en que no resonaban más que maldiciones lanzadas contra el hombre pecador; pero esa sustracción era para nosotros provechosa; era necesaria para hacernos temblar al sonido de las venganzas divinas: *“El temor del Señor es el principio de la sabiduría”*.

El ejemplo de Nuestro Señor

Dios mismo se muestra de nuevo a nuestros ojos, no ya en apariencia de aquel tierno Niño que adoramos en el pesebre, sino semejante al pecador, temblando y humillándose ante la soberana Majestad ofendida por nosotros, y ante la cual se declara fiador nuestro.

A efectos del amor que nos profesa, vino a alentarnos con su presencia y sus ejemplos:

- Vamos a hacer ayuno y abstinencia: Él va a consagrar el mismo tiempo a mortificar su cuerpo.
- Nos alejaremos de los placeres y de las diversiones mundanas: Él se retira de la compañía y vista de los hombres.
- Queremos acudir asiduamente a la casa de Dios, y darnos con mayor empeño a la oración: Él pasará cuarenta días y noches conversando con su Padre en actitud suplicante.
- Repasaremos nuestros años en la amargura de nuestro corazón gimiendo y lamentando nuestros pecados: Él los va a expiar por el sufrimiento y a llorar en el silencio del desierto, como si Él mismo los hubiera cometido.

A corta distancia del río Jordán se levanta una agreste y escarpada montaña que las generaciones cristianas llamarán el *“Monte de la Cuarentena”*. Desde su cima se vislumbra la llanura de Jericó, el curso del Jordán y el Mar Muerto que recuerda la cólera de Dios. Allí, al fondo de una gruta, va a cobijarse el Hijo de Dios, sin más compañía que las bestias. Jesús penetra sin alimento alguno; no hay una sola gota de agua

que pueda refrescarle en aquel desierto, sólo se ve la piedra desnuda donde podrá reposar sus miembros cansados... A los cuarenta días se acercaron los ángeles y le ofrecieron un refrigerio.

Conclusión

Así se nos adelanta nuestro amado Salvador y nos gana en la santa carrera de la Cuaresma: la ensaya, la lleva a cabo delante de nosotros para interrumpir en seco, con su ejemplo, todos los pretextos, angustias y repugnancias que nuestra debilidad y orgullo objetan.

La verdadera penitencia consiste en la contrición del corazón y mortificación del cuerpo, estos dos elementos son esenciales. El corazón del hombre ha escogido el mal y el cuerpo ha prestado ayuda para consumarlo. Estando compuesto el hombre de uno y otro, ha de unirlos en el homenaje que tributa al buen Dios. El cuerpo ha de participar necesariamente de las delicias eternas o de los tormentos del infierno. No hay, por tanto, vida cristiana completa ni tampoco expiación acabada, si ambos en una y otra no toman parte.

Aceptemos la lección en toda su amplitud y comprendamos finalmente la ley de la expiación. Bajando de esa austera montaña el Hijo de Dios inicia su predicación con esta sentencia que dirige a todos los hombres: *“Haced penitencia porque el Reino de Dios se acerca”*. Abramos nuestros corazones a esta invitación para que no se vea forzado nuestro amado Redentor a sacudir nuestra pereza por la amenaza escalofriante que dejó oír en otras circunstancias: *“Si no hacéis penitencia, todos pereceréis”*.